

cansados los cristianos, no pudiesen resistir á las que entrasen de fresco. Habiendo peleado con mucho esfuerzo y con gran daño de los infieles, recibió Justiniano una herida poco considerable. ¡Ejemplo prodigioso de la inestabilidad, no solo de la fortuna y de la victoria, sino del valor mismo; ó por mejor decir, lección terrible de aquel Señor Omnipotente que maneja los corazones como los elementos insensibles, y permite que para la ejecución de sus inmutables decretos hasta el heroísmo se convierta en cobardía! Justiniano, que hasta entonces había sido el héroe y el salvador del partido sellado con el anatema del cielo, muestra la flaqueza propia de una muger tímida, luego que se vé teñido en sangre, abandona su puesto sin dejar quien le remplace, y huye vergonzosamente. Sus tropas consternadas oponen á los infieles una resistencia muy débil, y aumenta el atrevimiento y furor de estos al paso que van cediendo los cristianos. El emperador, que con las mejores tropas de la guarnición volaba á todas partes para inflamar á los combatientes, acudió en el mismo instante en que empezaba el desorden; y sabiendo su origen, sigue á Justiniano, le pone á la vista todos los motivos humanos y divinos que deben obligarle á no abandonar en un solo momento el fruto de tantos gloriosos trabajos, y se ofrece á curarle la herida con sus propias manos. Pero el miedo había sofocado todo principio de valor, y aun las impresiones naturales de la razón. Instigado de su ciego temor, manda Justiniano abrir la puerta de la ciudad, prestando que así podría volver contra el enemigo con mayor ventaja. Todo esto pasaba por la parte del campo entre las dos murallas, de las cuales era la interior la principal defensa de la ciudad; y hasta entonces habían estado cerradas todas las puertas de comunicación, para poner á las tropas en

la forzosa alternativa de vencer ó morir.

Viendo el pueblo una puerta abierta, y observando al mismo tiempo que los turcos se habían aprovechado de aquel desorden para hacerse dueños del recinto exterior, se precipitó hácia la ciudad, unos para defender la segunda muralla, y otros sin ningún designio; y poseídos del terror, se empujaban, se dejaban caer y se atropellaban con tanta violencia y confusión, que quedaron ahogados cerca de ochocientos hombres. Justiniano, que fué el primero que entró, atravesó la ciudad, y según el historiador Phranzes fué á morir á Gálata; pero según el testimonio más verosímil de Leonardo de Chio, pasó á esta isla y murió en ella, no tanto de la inflamación de la herida, cuanto del dolor aún más cruel que le causaron sus remordimientos, cuando aquel héroe, que solo había dejado de serlo por un instante, consideró á sangre fría el óprobio eterno con que acababa de manchar su nombre. Añade Calcondilas que habiéndole preguntado el emperador cuando le instaba á que volviese al combate, adonde podría huir, le respondió en estos términos insensatos: «Adonde el mismo Dios lleve á los turcos.» ¡Tan cierto es que causándole el miedo una impresión en cierto modo contranatural, le había privado del juicio!

Determinado Constantino á sepultarse bajo las ruinas de su imperio, se enardeció más y más con un suceso que seguramente era el más á propósito para desalentarle. Acompañado de Teófilo Paleólogo, de Francisco Comneno, de Demetrio Cantacuceno, de Juan de Dalmacia y de muchos oficiales animados con su valor, hizo, en el mismo sitio en que Justiniano acababa de marchitar sus laureles, esfuerzos prodigiosos para rechazar el diluvio de bárbaros que se presentaban en todas las brechas. Veinte veces se arrojó en medio de ellos sable en mano, y causó los mayores

destrozos en el centro de sus batallones; pero por cada muerto acudían millares de combatientes. En fin, cansado de matar, oprimido con la multitud de los infieles, estropeado y casi ahogado con el tumulto de los suyos, recibió muchos golpes, uno en la mano, otro en la cara, y otro en la parte posterior de la cabeza, de suerte que cayó en tierra y murió con las armas en la mano delante de la puerta violentada, la cual defendió hasta el último aliento. Mahomet, justo apreciador de su esfuerzo heroico, mandó que se buscara su cuerpo y le hizo un entierro magnífico. Se dice que temiendo Constantino caer vivo en manos de los infieles, exclamó con toda su fuerza antes de recibir el golpe mortal: «¿No habrá un cristiano tan generoso que me atraviese el cuerpo con su espada para impedir que sea profanada en mi persona la magestad del imperio cristiano?» Palabras que no sería extraño profiriese en una situación en que es tan difícil moderarlas, pero que deben atribuirse más bien al deseo de reanimar el valor de sus tropas, que á un efecto de vituperable desesperación. Tenemos por el contrario muchos motivos para presumir que fué feliz la suerte eterna de este príncipe, pues había confirmado poco antes, como hemos visto, la unión católica, á instancias del cardenal Isidoro; y si fué algo culpable en la condescendencia con que trató á sus vasallos cismáticos, bien que era muy peligroso irritarlos en aquella ocasión, debemos presumir prudentemente, en vista de las obras de piedad de que dió ejemplo durante el sitio, de la recepción de los sacramentos antes de presentarse en la brecha, y en fin, de la muerte que padeció en defensa de su pueblo y de su Religión, que le perdonaría Dios las imperfecciones que pudiese tener todavía.

Constantino, duodécimo de este nombre, fué el último emperador de los griegos,

y con él acabó el imperio de Constantinopla, después de un sitio de cincuenta y siete días. Tenía este emperador cincuenta años, y llevaba cinco de reinado. Contando desde la dedicación de Constantinopla hecha por Constantino el Grande á 11 de mayo de 330, subsistió el imperio mil ciento veinte y tres años, teniendo por primero y último emperador dos príncipes llamados Constantinos: semejanza muy tenue, y acaso la única que puede encontrarse entre su principio y su fin.

Después de la muerte del emperador, ya no hallaron los turcos resistencia alguna. Los que atacaban la ciudad por la parte del puerto entraron en ella casi al mismo tiempo que los que la sitiaban por tierra, y uniéndose unos con otros cogieron en medio á las tropas griegas que quedaban, haciendo en ellas una horrible carnicería. Los habitantes indefensos, hombres, mugeres y niños, fueron confundidos con los que estaban armados, y perecieron más de cuarenta mil á manos del vencedor, hasta que sucediendo la avaricia á la crueldad, se hicieron sesenta mil prisioneros para venderlos como bestias de carga. Por espacio de tres días enteros y según lo había prometido el inexorable sultán, se abandonaron los turcos al saqueo y á todos los horrores, excepto el incendio, prohibido con las penas más terribles. No presentaríamos más que un bosquejo de las abominaciones que hicieron semejante la suerte de Constantinopla á la de Jerusalén, si dijésemos que en aquella ciudad se cometieron entonces á sangre fría los más crueles asesinatos, violaciones, adulterios, incestos, sacrilegios y otras infamias aun más execrables, que se abrieron y profanaron los sepulcros de los Césares y de los Santos mártires, y los tabernáculos del Santo de los Santos, que fueron ultrajados nuestros más formidables misterios, que se arrojaron las reliquias á los

perros y á los puercos, que fueron escarnecidas las santas imágenes, y que volvieron á clavar en una cruz la imagen del Redentor. Solo podria ejecutarse esta pintura horrible por aquel profeta á quien fué dado exclusivamente, segun San Gregorio Nacianceno, proporcionar la viveza de los colores y el acento de las lamentaciones á la magnitud de las calamidades.

El arrabal ó lugarillo contiguo á Constantinopla, y llamado Pera ó Gálata, fué tomado en el mismo dia, ó por mejor decir, vilmente entregado por los genoveses, sus antiguos poseedores; y esto aun antes de que se les intimase la rendicion, sin embargo de que podia defenderse muy bien. Durante el sitio de la ciudad imperial tenian comunicacion y paz con el Gran Señor aquellos soldados comerciantes, prefiriendo el lucro á la gloria: lo que agravó la sospecha de que le habian revelado el proyecto que se tuvo de incendiar su escuadra, y acabó de infamarlos en todo el universo. Sin embargo, hubieron de sufrir el yugo del vencedor, y dejando de ser aliados, pasaron á la clase de siervos tributarios. Se les dió un gobernador turco, se demolieron sus torres y baluartes, se fundieron sus campanas para hacer cañones, les robaron gran parte de sus riquezas, y sus mugeres é hijos quedaron espuestos á la insolencia de los otomanos. Pero si hubiesen querido atender seriamente á la defensa de Constantinopla, es muy probable que hubieran libertado la ciudad: y siendo de este modo los salvadores del imperio, ¿qué utilidades y qué gloria no habrian conseguido?

El cardenal Isidoro, que movido de su celo por la estincion del cisma y del afecto con que miraba á su soberano natural, habia permanecido en medio de tantos peligros, fué hecho cautivo en la ciudad de Constantinopla, y se rescató como otros muchos despues del primer furor de los

bárbaros, no habiendo costado mas su rescate que cincuenta ducados, porque ignoraban los turcos la calidad de su persona. Halló Isidoro en medio de los muertos el cadáver de un hombre que era muy parecido á él; se puso el vestido de este soldado, y cubrió con el suyo el cadáver, dejando allí el capelo. Despues de esto se refugió á la iglesia de Santa Sofia, donde no tardaron en prenderle, y estuvo tres dias en el campo de los turcos, pero con la cara tapada, porque habia recibido en ella un flechazo. Habiéndose embarcado despues de pagar su rescate, anduvo errante algun tiempo por el mar, y llegó á Chio, despues á Creta, y últimamente á Roma. Se puede formar alguna idea del peligro á que estuvo espuesto este piadoso celador de la unidad católica y de los intereses de su príncipe, por el furor que manifestaron los infieles contra las insignias de su dignidad. Cortaron la cabeza al cadáver que se parecia á él, la pusieron en la punta de una pica con el capelo, y la pasearon por toda la ciudad y por el campamento, haciéndola mil ultrajes acompañados de blasfemias (1).

Mucho mas desgraciada fué la suerte del almirante Notáras, que era uno de los señores mas poderosos del imperio. Tenia éste tanta aversion á la Iglesia romana, que en medio de la ciudad, consternada al ver el diluvio de infieles, dijo en alta voz que valia mas ver respetado en Constantinopla el turbante que el capelo. Habiendo tenido la fortuna de librarse del primer furor de la tropa, fué á presentarse con sus dos hijos á Mahomet, y le llevó un tesoro considerable en oro y piedras preciosas que habia ocultado en su palacio, cometiendo además la vileza de descubrirle la inteligencia del emperador Constantino con Hali-baja. Mirándole el sultan con indignacion, le echó en

(1) En. S. J. v. Comment. 1. m. 1. lo esp. ord.

cara su pérdida avaricia, la cual habia privado á su príncipe natural de un socorro necesario para la defensa de su corona y de su vida. «Y pretendes, añadió, contraer un mérito con lo que ya no es tuyo despues de mi conquista?» Inmediatamente mandó que le cargasen de cadenas y le llevasen arrastrando á la plaza mayor de la ciudad, donde fué degollado con sus dos hijos á vista de todo el pueblo. Se prendió tambien á Hali, y se le quitó la vida poco despues.

Phranzes, ó Jorge Phranza, gefe del guardarropa é historiador de todas estas desgracias, de que fué testigo ocular, cuenta de sí mismo, que fué cautivado con otros infinitos, y que padeció todos los infortunios que suelen acompañar á la esclavitud. Habiendo sido rescatado en Lacedemonia, sirvió al príncipe Tomás, el cual le dió varias posesiones, y le empleó en diferentes embajadas. Añade, que su muger quedó tambien cautiva con un hijo y una hija, los que compró Mahomet á su caballerizo, dándole por ellos una cantidad considerable, porque eran muy hermosos y tenian una indole escelente. El hijo, de edad de quince años, perdió la vida por una causa tan honrosa para él, como vergonzosa para su infame tirano. La hija murió de peste en el palacio imperial, y la madre fué por último rescatada. No nos detendremos mas en esta relacion de sucesos particulares, la cual no tendria fin, aunque se limitase á las personas mas condecoradas. Entre otros quedaron cautivos cuarenta y siete nobles venecianos, que fueron luego asesinados á sangre fria, excepto algunos de ellos que redimieron la vida descubriendo sus tesoros.

Acabados los tres dias que se concedieron al furor y rapacidad de la tropa, no queriendo el sultan despoblar mas su nueva capital, y reflexionando que los cristianos formaban la principal fuerza y riqueza de su imperio, mandó con aquella autoridad absoluta que

Jamás era desobedecida impunemente, que no se les hiciese ya ningun daño, y publicó que podian presentarse todos con entera seguridad, grandes y pequeños, ocultos y fugitivos. Para atraerlos mejor, dispuso que á los horrores de la guerra sucediesen las artes, el comercio, todo género de comodidades, y la restauracion de los edificios públicos y particulares. Adornó la ciudad con muchos monumentos nuevos, les distribuyó las casas y los palacios, segun la condicion de cada uno, y dividió tambien entre ellos una porcion de tierras por el mismo orden. Los testimonios de su benevolencia alcanzaron á los príncipes Demetrio y Tomás, hermanos del emperador Constantino y señores del Peloponeso, pues pensando ellos en refugiarse á Roma, les propuso y concluyó con ellos un tratado de alianza que observó hasta que pudo oprimirlos sin ningun recelo.

Para no dejar nada que desear á los habitantes de Constantinopla, quiso que se proveyese la Silla patriarcal que se hallaba vacante por la abdicacion que de ella habia hecho en Roma el patriarca Gregorio, y mandó que se hiciese la eleccion del mismo modo que en tiempo de los últimos emperadores. Pero en realidad no era mas que una eleccion aparente y de pura ceremonia, porque despues de haber elegido estos príncipes por algun tiempo un sugeto de tres que les presentaban, se atribuyeron el derecho de nombrar sin presentacion un sugeto particular que debia ser luego elegido por no faltar á la formalidad. Con arreglo á esta costumbre, convocó Mahomet algunos obispos de las cercanias de Constantinopla con los eclesiásticos que habian quedado en la ciudad y los principales vecinos de ella, y les nombró á Jorge Scolario, al cual eligieron inmediatamente. Colocado Jorge en la Silla patriarcal, tomó el nombre de Genadio. Uno de nuestros historiadores eclesiásticos

trasforma en cismático á este hombre docto y piadoso que dió tantas pruebas de su catolicismo en el concilio de Florencia y que no se desmintió jamás. Seguramente habrá bastado la conformidad de los nombres para que este autor, mucho mas elegante que reflexivo, confundiese á un prelado tan venerable, ya con aquel Jorge Scolario que tomó en Florencia el partido de Marcos de Éfeso, ó ya con el monge Genadio, que segun todas las apariencias no es otro que aquel y que escitó la última sublevacion de los griegos contra la union.

Como habia la costumbre de que el emperador instalase á los nuevos patriarcas, quiso Mahomet conformarse con ella, sin omitir ninguna parte del ceremonial. Luego que fué elegido el patriarca, pasó al salon del palacio imperial que se habia preparado con una magnificencia extraordinaria, y fué presentado al gran señor que estaba sentado en un estrado cubierto con un tapiz de púrpura, y le puso en la mano un báculo pastoral de oro, guarnecido de perlas y piedras preciosas, diciendo: «La Santa Trinidad que me ha dado el imperio, te hace patriarca de la nueva Roma.» No contento con esto, le acompañó, por mas resistencia que hizo el patriarca, hasta la entrada del palacio, donde habiéndole hecho montar en un caballo de su propia caballeriza ricamente enjaezado, mandó á sus bajaes y á los principales empleados que le acompañasen á pie, como lo hicieron, atravesando toda la ciudad hasta la iglesia de los doce Apóstoles que era la que se le habia señalado en lugar de la de Santa Sofia, la cual habia convertido el sultan en su principal mezquita.

Habiendo solicitado este patriarca y obtenido algun tiempo despues el permiso para establecerse en la iglesia de la Madre de Dios, llamada Pammacarista, en cuya posesion continuaron sus sucesores, pasó Mahomet á visitarle; y ya fuese por curiosi-

dad, ó por uno de aquellos impulsos buenos que experimentan tal vez los mayores impíos, le pidió que le explicase con entera confianza los principales artículos de la Religion cristiana: lo que hizo con tanta energía y con unos afectos tan tiernos aquel digno sucesor de los Apóstoles, y uno de los hombres mas sábios de la Grecia, que parecia haber hecho alguna impresion en Mahomet, el cual trató desde entonces con mucha mayor dulzura á los cristianos; y aun quiso que el patriarca le pusiese por escrito lo que habia dicho en aquella conversacion, de donde tuvo origen la obra de Jorge Scolario ó Genadio acerca de la Trinidad y de la Encarnacion. Si en los primeros capitulos no espresa con bastante exactitud la distincion de las divinas Personas, consiste esto en que se proponia atraer por grados al mahometano al conocimiento de la verdad, sin darle pretexto para creer, segun la preocupacion de los musulmanes, que los cristianos adoraban tres dioses. Tenemos otras muchas obras de este ilustre patriarca, principalmente contra la obstinacion y los varios errores de los griegos, cuyas desgracias atribuye á la terquedad con que se habian empeñado en sostener el cisma. Nada omitió por espacio de cinco años para reducirlos á la obediencia de la Iglesia católica; pero viendo que eran inútiles todos sus esfuerzos, renunció el gobierno de su indócil rebaño, y se retiró á un monasterio de Macedonia, donde acabó santamente sus dias.

La desgracia de los griegos, causada por el odio con que miraban á la Iglesia latina, proporcionó á los latinos ventajas inestimables. No contaremos entre estas preciosas adquisiciones el santo Sudario, que dicen fué trasladado entonces desde Constantinopla á Saboya, y luego á Turin: cuyo suceso está sujeto á tantas dificultades, para que, contra el método que nos

hemos propuesto y aun contra la naturaleza de la historia, fuéramos á entrar en una discusion que no interesa á la fé ni á las costumbres; pero lo que no admite duda es, que las ciencias y las artes refluyeron desde la nueva Roma á la antigua y se extendieron por todo el Occidente. Muchos caballeros y griegos instruidos, juntamente con algunos mercaderes extranjeros, lograron durante la confusion del asalto embarcarse en cinco navios, y se pusieron en salvo, arribando á la Morea. Ofreciéndose el Papa á indemnizarlos, en cuanto fuese posible, de la pérdida de su patria, llegaron á Italia Manuel Crisoloras, Juan Láscaris, Jorge de Trebisonda, Hemónimo de Esparta, Gregorio Tifenas, Martulo, Teodosio, Gaza y otros muchos, y desde allí se esparcieron por todos los pueblos de Europa, que habian empezado á aficionarse á las letras en las expediciones ultramarinas. Movidos de la pasion dominante y tal vez excesiva con que se habian entregado á las ciencias, pues

á ella se atribuye la afeminacion ó la indolencia que fué causa de la pérdida de su capital, llevaron consigo como el tesoro mas precioso una porcion de volúmenes griegos, tanto sagrados como profanos, y en particular todas las obras de San Juan Crisóstomo, de San Basilio el Grande, y de San Gregorio Nacianceno, de las cuales no tenian hasta entonces los occidentales una coleccion completa. Se tradujeron todas al latin; hubo muchas personas que quisieron conocer las bellezas de los originales; se hizo de moda la lengua griega en las naciones mas opulentas de Occidente, y la enseñaron en la universidad de París Hemónimo, Tifenas y el mismo Láscaris, no obstante su augusta prosapia. Esta fué la verdadera causa de la regeneracion de las letras en Europa, preparada de antemano con las cruzadas y las expediciones de Levante; de suerte, que la ruina de la Iglesia griega produjo el esplendor de la Iglesia latina.

#### LIBRO QUINGUAGÉSIMO-CUARTO.

Desde la ruina del imperio de Oriente en el año 1453, hasta el Pontificado de Sixto IV en el de 1471.

La toma de Constantinopla por los turcos, fué para toda la cristiandad uno de los golpes mas terribles que pueden imaginarse y que llenan de estupor, de sobresalto y desaliento. Comprendióse desde luego que róto este dique iba á verse inundada la Europa por un diluvio de bárbaros asiáticos,

y por lo mismo era grandísima la pesadumbre, ó por mejor decir, la desesperacion que causaba el no haberle contenido al otro lado del Bósforo. Eneas Silvio, que fué el orador de su siglo, el órgano de los Papas y emperadores, y el alma de todas las empresas grandes, empleó su elocuencia y toda su